

**TERCERAS JORNADAS DE SOCIOLOGÍA DE LA UNLP
“LA ARGENTINA DE LA CRISIS”**

La Plata, 10, 11 y 12 de diciembre de 2003

MESA N° 3 “RAZÓN Y REVOLUCIÓN”. RADICALIZACIÓN POLÍTICA Y
MODERNIZACIÓN CULTURAL(1955-1975”)

TÍTULO: “COMUNISTAS DISIDENTES: EL GRUPO DE ‘PASADO Y PRESENTE’ Y
LOS ORÍGENES DE LA NUEVA IZQUIERDA”

AUTOR: MARÍA C. TORTTI

PERTENENCIA INSTITUCIONAL: DEPARTAMENTO DE SOCIOLOGÍA Y CENTRO
DE INVESTIGACIONES SOCIO HISTÓRICAS- FACULTAD DE HUMANIDADES-
UNLP.

DIRECCIÓN POSTAL: Calle 120 N° 2225 – La Plata (1900)
E - MAIL: mctortti@way.com.ar

RESUMEN: En el trabajo se abordan sintéticamente las características, la línea política y ubicación en el contexto nacional e internacional del Partido Comunista Argentino (PCA) a principios de los años sesenta, marcados por el debate sobre el “stalinismo” y las “vías” para acceder al poder así como la importante renovación teórica que se producía en el marxismo de occidente. Se hace referencia a las tensiones que recorrían al PCA en relación, además, con su histórica posición ante el peronismo, su actitud hacia la Revolución Cubana y ante la complejización del campo de la izquierda en la Argentina.

Se muestra que, mientras en otros ámbitos políticos de la izquierda se discutía acalorada y públicamente sobre estos temas, el PCA adoptaba una actitud refractaria que, un poco después, resultaría en un lento pero persistente alejamiento de militantes, sobre todo jóvenes e intelectuales. Uno de los casos más notables fue el del grupo que, en 1963, comenzó a publicar la revista “Pasado y Presente”, y por lo cual varios de sus integrantes fueron expulsados del Partido.

Las páginas de “Pasado y Presente” (Primera Época) permiten elaborar una completa agenda de los temas teóricos y político organizativos que, en la primera parte de la década, preocupaban a la naciente “nueva izquierda” y que se desplegarían hacia fines de los años sesenta y comienzos de los setenta.

“COMUNISTAS DISIDENTES: EL GRUPO DE ‘PASADO Y PRESENTE’ Y LOS ORÍGENES DE LA NUEVA IZQUIERDA”

Los estudios sobre la nueva izquierda argentina se han centrado, por lo general, en el fenómeno de la violencia política y en las organizaciones político militares que operaron durante los años setenta, dejando en relativa oscuridad sus vínculos con el movimiento de renovación cultural y radicalización política que se venía desarrollando a lo largo de la década anterior (1)

Este trabajo forma parte de un proyecto de investigación que se propone reconstruir esos procesos, en particular los de fractura y reorganización que por entonces vivió la izquierda argentina tradicional. En ella, el triunfo de la Revolución Cubana y la persistencia del peronismo en la clase obrera, habían originado un clima de agitación en el que nuevos temas se superpusieron a malestares largamente arrastrados, relacionados siempre con su “histórico fracaso” en vincularse con el movimiento popular.

El propósito del trabajo es presentar una aproximación a los temas y debates planteados por uno de los grupos que a comienzos de los años sesenta, dentro del Partido Comunista Argentino (PCA) se ubicaban en una zona de disidencia respecto de la línea oficial del partido, y buscaba la forma de impulsar su renovación teórica y política para que así pudiera capitalizar la izquierdización que se estaba produciendo en importantes sectores de la sociedad, incluido el peronismo. Ante las dificultades que tal empresa entrañaba -debido a la cerrazón doctrinaria del grupo dirigentes-, dicho grupo decidió tomar la iniciativa de motorizar el debate editando una revista, *Pasado y Presente (P y P)* que, sin comprometer oficialmente al Partido (Aricó, 1999), diera espacio a la expresión de las

muchas inquietudes que se venían manifestando en los últimos años sin encontrar canales ni formas de procesamiento en las estructuras partidarias.

Por tal razón, cuando en 1963, *PyP* comenzó a publicarse, era una revista “de ideología y cultura” ubicada fuera de los marcos de la organización partidaria y, además, con participación de otros intelectuales de izquierda no comprometidos con el PCA. La revista, y el grupo que la motorizó, son hoy un dato insoslayable en los estudios que han pretendido dar cuenta de los orígenes de la nueva izquierda intelectual y política de los sesenta, ya que sus páginas pueden ser vistas como una verdadera “agenda” de los temas que operaron, a la vez, como “puntos de ruptura” con la izquierda tradicional y como “puentes” entre la izquierda y otras tradiciones políticas, también en proceso de radicalización.

Si bien no se registran trabajos que la aborden como temática central, tanto S. Sigal (1991) como O. Terán (1991), en sus obras sobre intelectuales y política durante los sesenta, dedican considerable espacio a analizar los aspectos en que esta revista fue especialmente innovadora en la cultura de la izquierda argentina: la ruptura con el stalinismo, la incorporación del pensamiento de Gramsci y, con él, la posibilidad de pensar a la clase obrera y el peronismo dentro de los marcos de lo “nacional popular”; a su vez, C. Altamirano (2001) vincula a P y P con la emergencia de una “situación revisionista” sobre el peronismo, ante la aguda percepción de la discrepancia existente entre “doctrina” y “experiencia política”, lo cual implicó la crítica a los partidos de la izquierda y la reinterpretación del peronismo.

EL PARTIDO COMUNISTA ARGENTINO A PRINCIPIOS DE LOS '60

Cuando a fines de 1963 se publicó el primer número de *PyP*, comenzó a cobrar estado público el espíritu de incomodidad y el malestar que se venía incubando en el PCA, sobre todo en su “frente” cultural y universitario. Allí, una nueva generación y algún viejo maestro, venían pugnando por una apertura intelectual y política que permitiera al Partido situarse exitosamente en la política nacional y, sobre todo, capitalizar el proceso de creciente “izquierdización” que se advertía en las capas medias y en sectores de la clase obrera, sobre todo desde que se produjera la llamada “traición” de Frondizi . Dicho proceso ya venía provocando notables efectos de recomposición en el Partido Socialista (PS), en el trotskismo , en las filas de la Unión Cívica Radical Intransigente (UCRI), y también en sectores del peronismo (2); además, solía ir acompañado de fuertes críticas al PCA -por entonces el principal partido de la izquierda- y a su línea de “frente nacional y democrático”, en base a la cual había dado su apoyo inicial al programa “nacional y popular” de Frondizi (3) -como buena parte de la opinión de izquierda, además del peronismo-.

Esas críticas al PCA se engarzaban con otras de más larga data, si bien podría pensarse que apuntaban en direcciones diferentes: unas, se referían a su “incapacidad” para vincularse con el movimiento popular, y otras, impugnaban el carácter “reformista” de su estrategia (4). La primera de las cuestiones, que era tan antigua como el peronismo, había recrudecido en el post '55 cuando comenzó a hacerse evidente que no se produciría ninguna desperonización en las masas sino que, por el contrario, los trabajadores reafirmaban su identidad política a la par que desarrollaban una inusitada combatividad; la segunda, había

cobrado renovada fuerza después de que la Revolución Cubana alcanzara el poder a través de “vías” no ortodoxas -desde el punto de vista del comunismo local, fuertemente adherido a la perspectiva de la URSS en el debate que sacudía la Movimiento Comunista Internacional- (5)

De modo que, a principios de los sesenta, ese fuego cruzado corroía el prestigio del PC en el campo de la izquierda pero, además, generaba creciente disconformidad en sus propias filas, particularmente en sus cuadros más jóvenes que veían en los guerrilleros cubanos -y en su estrategia revolucionaria- la contracara de su propia dirigencia. Por otra parte, algunos de esos círculos intelectuales comunistas, como los vinculados a H. P. Agosti, tenían acceso a los debates que por entonces se producían en el marxismo occidental -además de que ya se habían puesto en contacto con el pensamiento de A. Gramsci-.

Los acontecimientos nacionales e internacionales empujaban hacia el examen crítico de la historia del Partido y hacia una eventual reorientación de su línea política. Sin embargo, el círculo dirigente respondió a estos desafíos desde la cerrazón doctrinaria y con una actitud puramente defensiva que, hacia adentro, ocluía el debate, y hacia fuera, reemplazaba los argumentos por anatemas hacia todo aquello que caracterizaba como “neoizquierda”. Ya en diciembre de 1960, *Cuadernos de Cultura (CC)* (6) dedicó un número -el 50- al análisis de lo que consideraba “errores” típicos de la “neoizquierda” que incluían desde el “seguidismo” con el peronismo y su “ideología burguesa”, hasta el “ultraizquierdismo” de la pequeña burguesía “apresurada” que, “deslumbrada” por Cuba, pretendía arrebatarse al PC su papel de “partido de vanguardia”. En el primer caso ubicaba

a la “izquierda nacional”, y en el segundo, a Praxis y al Partido Socialista Argentino (PSA), convirtiéndolos en blancos predilectos de sus ataques (7).

Sin embargo, en algunos círculos partidarios y dentro del mismo núcleo que editaba *CC*, algunos sectores observaban con atención esos fenómenos de politización y radicalización, pues veían positivo que gran parte de los “decepcionados” con Frondizi, lejos de haberse refugiado en el escepticismo, hubiesen convertido la frustración en fervor revolucionario (8). Más aún, a principios de 1961, esos sectores habían propiciado cierto acercamiento con los dinámicos grupos de izquierda del Socialismo Argentino, llegando inclusive a compartir con ellos la edición de la revista “Che” (9). Como parte del mismo movimiento, el PCA apoyó la candidatura del socialista argentino A. Palacios, para la senaduría de la Capital en las elecciones de febrero de 1961 (10). Pero cuando, poco después, el Socialismo Argentino profundizó su acercamiento con el peronismo –sobre todo el de impronta “cookista”- y hacia un exultante “cubanismo”, la dirección del PCA volvió a marcar sus diferencias con los socialistas.

En lo referente a Cuba, el PCA brindaba solidaridad y apoyo, pero aclaraba que esa revolución revestía un carácter de “excepcionalidad” –debido a las particulares condiciones cubanas- y que, por eso mismo, no podía pensarse en imitarla en otros países, y menos aún en Argentina. En cuanto al peronismo, si bien el Partido propiciaba el “trabajo unitario” en el ámbito sindical e inclusive en el plano electoral- (11), y le proponía la constitución de un “frente” junto con otras fuerzas sociales y políticas, pensaba que ese frente no debería entenderse como una “fusión” que hiciera perder las respectivas identidades (12). En el fondo, para el PCA, el problema seguía siendo el mismo: la clase obrera debía ser

arrancada de la influencia de la “ideología burguesa” y desprendida de las “dirigencias claudicantes”.

De todos modos, el PC se entusiasmaba con la combatividad demostrada por los trabajadores y, en 1962, produjo su intento más audaz de acercamiento con el peronismo al apoyar a su candidato A. Framini, en las elecciones celebradas en marzo de ese año para elegir gobernador en la Provincia de Buenos Aires, a la par que elaboró la tesis del “giro a la izquierda del peronismo” (13).

Sin embargo, para quienes dentro del Partido estaban en proceso de radicalización, este “giro” hacia el peronismo resultaba insuficiente ya que “no implicaba una revisión a fondo de la línea política” ni implicaba adoptar una estrategia “revolucionaria”. Más aún, cuando el peronismo, después de la anulación de las elecciones ganadas por Framini, en lugar del levantamiento tan esperado por la izquierda comenzó a orientarse hacia la formación de un frente con sectores de la Democracia Cristiana y del Conservadurismo Popular (14). Después de estos episodios, quienes venían bregando por la apertura del un amplio debate dentro del Partido, se vieron sorprendidos por la convocatoria al XII Congreso partidario -celebrado a comienzos de 1963-, sin que dicho debate se hubiese producido; según Aricó, esta fue “la última frustración” para quienes habían creído en las posibilidades de renovación del PCA.

Entonces, tomó forma otro proyecto, el de impulsar la renovación desde afuera, a través de la publicación de una revista político-cultural “independiente” que, al decir de Aricó (1999), pudiera servirle al PCA para vehicular esas discusiones presentes en su seno, sin arriesgar su unidad. Profundamente preocupado por el hecho evidente de que los rumbos de la clase obrera y los de los “intelectuales revolucionarios” discurrían por

caminos paralelos, el grupo editor percibía en ese desencuentro la “esterilidad” de su acción como intelectuales comunistas, y por eso convocaron a conformar un “centro unitario de confrontación y elaboración ideológica” de todas las fuerzas que aspiraran a la “renovación total de la sociedad argentina” (15)

Con ese fin, se reunieron dos grupos de militantes comunistas -el que lideraba J. Aricó en Córdoba y el que en Buenos Aires se nucleaba en torno a J. C. Portantiero-, y algunos intelectuales independientes que compartían el proyecto. *PyP*, en su primera época publicó nueve números entre abril/ junio de 1963 y abril/ septiembre de 1965, en Córdoba y bajo la dirección inicial de Oscar del Barco y Aníbal Arcondo. A partir del nº 5-6, la revista comenzó a aparecer bajo la responsabilidad de un “consejo de redacción” en el que figuraban los mencionados del Barco y Arcondo y, además, José M. Aricó, Samuel Kieczkovsky, Juan C. Torre, Héctor N. Schmucler, César U. Guiñazú, Carlos Assadourian y Francisco Delich (16)

Uno de los rasgos que permite diferenciar a esta revista del mundo del comunismo argentino del cual provenía, fue su intento de buscar otra lectura del marxismo para, desde allí, reabrir la discusión sobre el peronismo que el PC había clausurado en XI Congreso -celebrado en 1946-, y que vanamente habían intentado reflotar R. Puiggrós, y luego J. J. Real. Para esta nueva generación, según el mismo Aricó afirma en entrevistas posteriores, el conocimiento de Gramsci había tenido sobre ellos “un efecto liberador”, en la medida en que les permitió entender la “propia realidad nacional” y centrarse en el problema de cómo construir “una voluntad nacional y popular”, en vez de seguir razonando –como lo hacía la dirección comunista- a partir de “cómo hacer hegemónico al PC”. Las páginas de *PyP* muestran, una casi obsesión por “construir una teoría de la revolución argentina”, desdeñando la utilización del marxismo como mera “doctrina” de la cual derivar una “línea

justa” para ser aplicada en el país. Sobre todo cuando, los acontecimientos de los últimos años, mostraban que no ya había monolitismo ni “partido guía” en el Movimiento Comunista Internacional (MCI) (17).

En lo que sigue se presenta una primera aproximación a aquellos temas que componen el campo de problemas en el que se situó *PyP*, y que permiten identificar los principales puntos de ruptura entre este grupo y el PCA.

EL N° 1 Y EL PROGRAMA DE “PASADO Y PRESENTE”

No es exagerado afirmar que la mayor parte de dichos temas están presentes en el extenso editorial del n° 1, firmado por J. Aricó (18). En él se trazan las líneas generales de un verdadero programa destinado a hacer el inventario de lo que denomina el “oscuro y contradictorio cuadro de la realidad de las últimas décadas”, a partir de las expectativas y exigencias de una “nueva generación” a la que considera “huérfana de maestros”-tal como en la década anterior se había presentado el grupo de *Contorno*- y “separada” de las luchas de los trabajadores.

Desde esa perspectiva, ubica los déficits de la izquierda argentina -en especial los atribuibles al PC- a la que considera carentes de las condiciones necesarias para capitalizar la creciente “insurgencia” manifestada por las jóvenes generaciones. Para poder hacerlo, la izquierda debería producir “una verdadera renovación”, un cambio que le permita sortear el hiato que hasta ahora le ha impedido “construir la unidad entre intelectuales y pueblo”; sería indispensable que se interrogara, con sinceridad, sobre las razones por las cuales no

pudo generar “una voluntad colectiva nacional de tipo revolucionario” ni expandirse en la clase obrera, quedando reducida a la “impotencia” política. Dicho de otro modo, necesitaría despojarse de la idea de que es la “depositaria de la verdad”, y de que las causas de su fracaso se encuentran en la ignorancia o al atraso de quienes no se cuentan dentro sus filas.

Al hacer ese inventario, *PyP* pone el acento en el “dogmatismo” -o “doctrinarismo”- que, sobre todo en el PCA -aunque no lo mencionen-, habría obstruido la capacidad de “conocer” y apropiarse creativamente del “marxismo leninismo”. Y, como negativo complemento de lo anterior, se señala la lógica de funcionamiento de una organización que, carente de comunicación entre base y dirección, se habría visto impedida de comportarse como “intelectual colectivo”. Ambos fenómenos explicarían el origen de la “incapacidad para percibir lo nuevo” y de la tendencia a estereotiparse y a “girar en falso”, a utilizar la teoría como mera “justificación” y, sobre todo, a la imposibilidad de elaborar una “teoría para la revolución argentina”.

En este primer número de *PyP*, otro de los artículos, muestra la voluntad evidente de problematizar, utilizando un nuevo lenguaje, algunas de las certezas del PCA que, convertidas en fórmulas rituales, eran un obstáculo para el debate. En “Política y clases sociales en la Argentina actual”, J. C. Portantiero destaca que, a partir de 1955, el país vivió un proceso de agudización de la lucha de clases cuando, debido al temor producido por la “presencia política de la clase obrera”, se habría roto el “frente bonapartista”. Su análisis apunta a demostrar que, a partir de allí, la burguesía argentina habría demostrado definitivamente su incapacidad. Allí donde el PCA tendía a ver sectores “progresistas” y “antiimperialistas”, *PyP* sólo ve el fracaso de una clase que, desde entonces, no había logrado consolidar un “bloque histórico”; la caída del “frondizismo” sería una suerte de fin

de etapa, signado por la pérdida de todo papel político por parte de la burguesía, cuya vacante estaría siendo ocupada por “azules” y “colorados”, los “dos partidos” de las FFAA. En el otro extremo del arco social, la clase obrera ya habría alcanzado “conciencia de su independencia, al menos a nivel corporativo”, y estaría desbordando los límites de la burocracia y del proyecto de “integración”, que ese sector de la dirigencia sindical había compartido con Frondizi. A modo de conclusión y, contrariando las caracterizaciones del PCA, Portantiero afirmaba que en el país estaban dadas las condiciones de una “situación objetivamente revolucionaria”, ya que, a través de la “crisis de hegemonía” de las clases dominantes, se estaba filtrando de manera creciente el descontento de las masas. Y, de manera coherente con los planteos del editorial, la nota cierra afirmando que, para ponerse a tono con la situación “objetiva” y producir un salto en la “conciencia” de las masas, la izquierda debe producir su propio salto, reorientando su perspectiva y, sobre todo, su práctica política.

EL N° 2 : EL STALINISMO, EL PARTIDO Y LAS “VÍAS” NACIONALES.

En el número siguiente de *PyP* (19), la crítica al PCA llega a través del tema del stalinismo, reavivado por las declaraciones del XXII Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) y en pleno endurecimiento de la disputa chino-soviética. En esta entrega, la revista incluyó una serie de artículos de autores comunistas italianos, precedidos por “El stalinismo y la responsabilidad de la izquierda”, escrito por J. Aricó. Allí, la crítica apunta hacia el estilo intelectual y político caracterizado como de “inclinación rutinaria ante las viejas fórmulas”, típico de la visión stalinista del mundo. En su visión, ese

rutinarismo teórico habría hecho crisis a partir de que, la experiencia del Tercer Mundo había mostrado la diversificación que los caminos revolucionarios podían adoptar; frente a ellos, la teoría estaba corriendo el riesgo de quedar “rezagada” si no era capaz de incorporar el “dato” de la época, es decir, si no podía entender que el campo de la “libertad humana” se había dilatado y que los “elementos subjetivos” adquirirían el carácter de una “fuerza histórica” que desbordaba los “esquemas lógicos” de la “doctrina”.

Pensando en un partido –el PCA- que había asumido superficialmente el debate sobre el stalinismo –al reducirlo al tema del “culto a la personalidad”-, Aricó sostiene que la “desmitificación” debería ir acompañada de la revisión de la experiencia soviética y de las preguntas que, ineludiblemente, de allí brotan. Preguntas que incitan a reflexionar sobre los problemas implicados en la construcción del socialismo, tales como los de la relación entre “construcción socialista” y “desarrollo democrático”, “planificación centralizada” e iniciativa y control de las masas, y “organización del estado” y formas de “la democracia directa” (20). Esas preguntas deberían conducir, además, a que toda la izquierda se interrogara por sus responsabilidades ante la evidente insuficiencia de su “conciencia vigilante” ante el fenómeno del stalinismo

El proceso crítico debería llevar, sobre todo, a que los partidos comunistas se desprendieran del “estilo stalinista” que, en mayor o menor medida, arraigó en todos ellos, y así poder retomar “su propio estilo de vida interna”, tanto en la práctica del “centralismo democrático” y el ejercicio de la dirección colectiva como en la libre circulación de ideas, la discusión franca de los problemas. Pero sobre todo, en la capacidad de elaborar “su propia línea de acción política”, en correspondencia con las “condiciones” y “tradiciones” del país, tal como lo afirman P. Togliatti (21) y G. Améndola (22), en las notas que en ese mismo número se publican. Este último contribuye a la línea argumental de Aricó al

destacar como rasgo central de la “corresponsabilidad” con el fenómeno del stalinismo, la prevalencia en la izquierda de un espíritu que aceptó en silencio la conocida práctica de Stalin de vincular a los opositores internos con los “enemigo de clase”, práctica extendida no sólo en el PCUS sino también en muchos otros partidos comunistas.

En sintonía con Améndola, y con lo que estaba ocurriendo en el PCA, Aricó afirma que cuando todo disenso conduce a la ruptura, sólo hay verdadero debate entre los “iniciados”, y que eso empuja al partido hacia la “asfixia ideológica” y la parálisis teórica (23).

LA REACCIÓN DEL PCA

Efectivamente, ante el primer número de *PyP*, el PCA reaccionó mostrándose como acabada encarnación aquello que la revista llamaba “modelo stalinista”. Un primer indicio apareció en el nº 6 de su revista teórica, Nueva Era (NE), en un artículo firmado por R. Ghioldi (24) que atacaba virulentamente a la “revista cordobesa de política y cultura”, acusándola de falta de espíritu “leninista”. Desde una posición doctrinaria, Ghioldi atacaba al “sociologismo burgués y universitario” de todos aquellos que, “bajo el manto de un cierto antiimperialismo”, sostienen que la revolución en Latinoamérica requiere de un “camino propio”. Mediante un trámite relativamente corto, condenaba a quienes en nombre de la “intelectualidad”, estaban intentando desprenderse del leninismo, como si “después de 45 años de revolución socialista victoriosa resultara lícito o admisible un marxismo fuera del marxismo- leninismo”. Nada dice, llamativamente, sobre los debates planteados en la revista: no hay argumentos en relación con los temas instalados por los comunistas

italianos, ni tampoco discute el análisis de la realidad social y política nacional ofrecido por P y P, pese a las notorias diferencias que presenta con el que sustenta la línea del PCA.

En la última página del n° 2-3, *PyP* contestó brevemente a Ghioldi e hizo saber a sus lectores que, con la anuencia de los dirigentes nacionales, la dirección cordobesa del PCA había “separado” de sus filas a cuatro redactores, por haberse negado a abandonar la redacción de la revista, después de la publicación del n° 1.

Pero, el desarrollo pleno de la polémica se dará en 1964, a partir de la edición de *CC n° 66* y del *n° 4 de PyP*. Ese número de *CC* llevaba como tema central “Afirmación militante del marxismo-leninismo”, y avanzaba sobre un conjunto de temas que podrían ser leídos, ahora sí, como fundamentación de los cargos bajo los cuales se produjeron las expulsiones. Al criticar a *PyP*, *CC* vuelve sobre los temas que habían nutrido su n° 50, en diciembre de 1960, cuando hiciera la lista de los “errores” de la “neoizquierda” (25).

Desde la arrogante posición de depositario de la “verdad”, y bajo el título “En defensa del marxismo leninismo”, el editorial de 1964 afirma que la finalidad del grupo de *PyP* consiste en “abolir la función dirigente del PC y promover una ‘vanguardia revolucionaria’ de extracción pequeño burguesa”, y que a partir de la revalorización del peronismo, estarían buscando que las capas medias y los intelectuales se ligaran con el “nacionalismo burgués” para lo cual adornaban su discurso con frases “ultraizquierdistas” y de apelación a la “insurrección armada”. Más allá de ironías y chicanas (26), el editorial sienta posición respecto de la vía armada, apoyándose en las tesis aprobadas en el XII Congreso de 1963. En tal sentido, se cita a Lenin para afirmar que, sin la presencia de ciertas condiciones, el llamado a la insurrección puede convertirse en una “aventura” cuando, como en nuestro país, no existe aún una “situación revolucionaria directa” en tanto

no se dan aún las “condiciones subjetivas” para el triunfo revolucionario. Por tal razón, la consigna correcta es la aprobada por el Congreso: “Por la acción de las masas, hacia la conquista del poder”.

Por su parte, F. Nadra (27), defiende la histórica posición del Partido frente al peronismo, definido como movimiento “nacionalista burgués” que, si bien había logrado el apoyo de las masas, había impedido a la clase obrera alcanzar su “verdadera independencia ideológica y política”. En consecuencia, todo intento de rever la cuestión del peronismo, o toda línea de acción política que fuera más allá de los acuerdos para la “unidad en la acción”, es identificado como desviación “seguidista” -cuya versión “ultraizquierdista” se expresaría en esos momentos en las posiciones del Partido Socialista Argentino de Vanguardia (PSAV), comprometido con el peronismo y con la lucha armada (28). En todos ellos, como en la corriente de “izquierda” del peronismo, Nadra ve la influencia de las tesis proclamadas por el PCCh, en el sentido de que la “contradicción principal” de la etapa consistiría en la oposición entre los “pueblos coloniales” y el “imperialismo”, y no en la que enfrentaría al “capitalismo” con el campo del “socialismo”, tal como lo afirmara el XX Congreso del PCUS. Dicho congreso, además, habría explicado otras dos cuestiones de crucial interés para el MCI: una, respecto de que la expansión de los movimientos de liberación nacional en el tercer mundo, había sido posible por la existencia del campo socialista y su papel de vanguardia en la lucha contra el capitalismo; la otra, referida a que, por el mismo motivo, se había vuelto posible que -en determinadas circunstancias- algunos países accedieran al socialismo por la “vía pacífica”. Sin negar de plano que en muchos otros casos se requeriría de la “vía insurreccional”, las declaraciones de ese congreso y de otras conferencias celebradas por partidos comunistas, afirmaban que para que el camino insurreccional no fuera una mera “aventura” -o un camino hacia la “derrota”-, la acción

debía sustentarse en la “lucha de masas”, sin pretender reemplazarla por la de “un grupo de hombres audaces” o por la esperanza en “un hombre providencial”.

En cuanto al peronismo, Nadra no sólo defiende la histórica caracterización hecha por el PCA, sino también la línea política impulsada desde el Comité Central por V. Codovilla. Esa línea, que buscaba resguardar la “independencia” del Partido y, a la vez, impulsar a los comunistas a trabajar “estrechamente unidos a las masas, ayudándolas a hacer su propia experiencia”, habría logrado evitar tanto el “seguidismo” –en el que habrían caído Puiggrós y Real, en su momento-, como el antiperonismo “sectario”. Los frutos de esa orientación política podían verse en los últimos años, según Nadra, en el incremento de la combatividad de la clase obrera y en el significativo “giro a la izquierda” del peronismo, todo lo cual estaría acercando a los trabajadores a las posiciones de los comunistas (29).

De modo que según sus voceros oficiales, el PCA no tendría nada por revisar en este campo; reconocía, sí, la necesidad de redoblar los esfuerzos en la “aplicación” de esa acertada línea política, pero no la de entregarse a devaneos propios de “la intelectualidad pequeño burguesa”.

YA FUERA DEL PARTIDO

Lejos de esta visión “autocomplaciente”, y una vez producidas las expulsiones, *PyP* dio rienda suelta a sus críticas al PCA, sin disimularlas ya en una más genérica sobre “la izquierda”. Desde entonces fueron, en palabras de Aricó, un grupo “sin anclaje político” (30).

En el nº 4, de enero-marzo de 1964, retomando los temas del primer editorial, Aricó

retoma, con mayor dureza, la cuestión del “fracaso de la izquierda” (31) y acusa al PCA de no haber sabido asimilar las “experiencias históricas de los trabajadores” y, por lo tanto, de no haber sido capaz de construir una “voluntad nacional-popular”. De esa manera, habría conducido a sus militantes al sufrimiento de comprobar la “esterilidad” de su propia acción política, y la “marginación” de su partido.

Pero además, a esa frustración se le habría agregado la “crisis de conciencia” precipitada por las revelaciones del XX Congreso del PCUS, ya que entonces comprendieron, no sólo que había co responsabilidad de la izquierda en la cuestión del stalinismo; también pudieron advertir que en los vicios de ese “estilo” radicaba buena parte de los déficits del Partido, sobre todo su incapacidad para elaborar una teoría y una estrategia adecuadas para “la revolución argentina” y usar creativamente “el método del marxismo leninismo”, en lugar de convertirlo en una ortodoxia doctrinaria.

Desde el punto de vista de *PyP*, el “leninismo” debía ser entendido en tanto “etapa” de la relación “teoría marxista-mundo real”, y nunca como “suma de principios inmutables” a ser “aplicados” según el canon elaborado por la URSS; más aún, debía ser considerado como una “hipótesis”, o como un estímulo para conocer la realidad y transformarla. En cambio, el doctrinarismo habría llevado al PCA a una nefasta combinación de “fracaso” y “presuntuosidad” que le impedía comprender a los “tumultuosos movimientos de masas” – como el peronismo-, y a las revoluciones cubana y argelina (32). E insiste en señalar que, para subsanar esos errores, el Partido debe comenzar por revisar su historia y analizar ciertas decisiones que tomó en momentos cruciales de la vida nacional. En tal sentido, sería inevitable volver sobre los años 1944-45 cuando, bajo el influjo de la desviación “browderista” de la “conciliación de clases”, se plasmó una errónea caracterización del peronismo y se tomó la nefasta decisión de integrar la Unión Democrática (33).

Una vez señalada buena parte de las cuestiones que creaban malestar en el PCA, el editorial pasa a enumerar las razones que precipitaron la decisión de publicar *PyP*. Además de la cuestión del stalinismo y la ambigua posición asumida ante la Revolución Cubana -en la que el Partido se niega a ver la apertura de un “ciclo revolucionario” en América Latina-, se enumeran los “fracasos” del comunismo en la política nacional de los últimos años. En esa lista aparecen desde “el apoyo a-crítico” al desarrollismo de Frondizi, hasta la “incoherente política electoral” seguida entre diciembre de 1961 y julio de 1963. En este último caso, el error habría consistido en “haber dejado pasar” las condiciones que, en esos años, hubiesen permitido impulsar una ruptura “revolucionaria” (34). En la visión de *PyP*, esa política habría hecho que las masas pasaran del “entusiasmo” a la “decepción”, sobre todo a partir de la anulación de las elecciones ganadas por el peronismo en 1962 y, en consecuencia, la izquierda en vez de avanzar había retrocedido –y ello generaba mucho malestar dentro del Partido-. En esas circunstancias, ellos habían planteado la necesidad de lanzar una discusión amplia y pública en sus filas, pero la dirección partidaria, en vez de abrirse al reclamo, había convocado “precipitadamente” al XII Congreso; allí habría quedado demostrado que el grupo dirigente había concebido a ese congreso como instrumento para la “defensa dogmática del marxismo leninismo” y “del principio de autoridad e infalibilidad de sus intérpretes locales”. Su “incapacidad” habría demostrada, además, cuando en relación con Cuba, el Congreso sólo ofreció frases de carácter general tales como las que mencionan un inespecífico “nuevo camino para América Latina” o un “nuevo tipo de poder democrático y popular”, desoyendo el vigoroso llamado a la revolución latinoamericana contenida en la Segunda Declaración de La Habana (35).

Esclarecidos los sucesos que llevaron a la publicación de la revista, Aricó pasa revista a una serie de cuestiones en las que, sin dificultad, pueden reconocerse los temas que por entonces, y no sólo para este grupo, constituyeron los puntos de ruptura entre izquierda tradicional y nueva izquierda. Permite, además, identificar el estilo de razonamiento que sustentó a esta primera disidencia comunista (36), en el que se cruzaban contradictoriamente, un modelo partidario –el del PCI-, y un modelo de revolución –el cubano- .

La experiencia cubana: a juicio de P y P, la Revolución Cubana –como la argelina- habían destruido el “mito” de que no hay revolución si no es dirigida por un partido comunista. Además, la vertiginosa evolución del proceso cubano hacia el socialismo, ponía en cuestión la ortodoxa estrategia de las “etapas” y la política de alianzas –incluido el papel de la “burguesía nacional”- en la fase nacional-democrática. Era necesario pues, más allá de las declaraciones de “solidaridad”, tomar la experiencia cubana y discutir algunas de las cuestiones que esa experiencia planteaba a la izquierda argentina.

a) la cuestión de las “vías”: P y P sostenía la legitimidad de este debate a partir de destacar que el XX Congreso del PCUS sólo había sostenido que, en la nueva situación mundial, era “posible” del tránsito pacífico al socialismo, mientras que el PCA interpreta que el “camino pacífico” había pasado a ser el objetivo de todos los partidos comunistas, sin tener en cuenta que esa apreciación había sido hecha pensando, sobre todo, en los países capitalistas centrales. Como consecuencia de esa errónea conclusión, la dirección comunista argentina no podía valorar experiencias que, como la cubana y la argelina, “demostraban” que la apelación a la violencia, en tanto “medio para acentuar

subjetivamente el enfrentamiento de clase”, podía ser parte de una estrategia global que condujera a las masas a la conquista del poder, aún en las “puertas del imperialismo”.

b) sobre la **relación entre “condiciones” y “situación” revolucionarias**: *PyP*

considera que el PCA tiene razón cuando afirma que no debe iniciarse la lucha armada cuando no se ha creado una “situación revolucionaria directa” pero, desde su punto de vista, sería necesario saber reconocer las “condiciones objetivas favorables” y captar si es que existe en las masas un “estado de resistencia pasiva”. En tal caso, y partiendo de la “habilidad táctica de una organización revolucionaria” sería posible “crear una situación revolucionaria”, ya que consideran absurdo pensar que algún día habrá “situación revolucionaria” si no se cuenta con una “vanguardia” audaz y flexible, es decir, si no hay “voluntad revolucionaria” (37).

c) sobre el endiosamiento de la **“democracia burguesa”**: rematando sus críticas al PCA, afirmaban que la experiencia cubana, desarrollada bajo condiciones de dictadura, mostraba que la “república democrática” no necesariamente era la mejor cobertura para desarrollar la lucha revolucionaria. Y que si en algunos casos lo fuera, lo sería siempre y cuando los revolucionarios “no se confundieran” y pasaran a defender a esa república como un bien en sí mismo, postergando indefinidamente la revolución.

La interpretación del peronismo: un elemento altamente irritante para el PC radicaba en la interpretación que P y P hacía sobre los orígenes y la naturaleza del peronismo. En consonancia con lo expresado por Portantiero en el n° 1, Aricó - distanciándose de la

caracterización predominantemente política hecha por el PCA- dice en este tercer editorial que el “nuevo Bloque de Poder” surgido en 1945, estuvo asentado en una alianza entre la burguesía industrial y el proletariado y que fue la base de un “nuevo industrialismo” impulsado desde el Estado. Para a continuación agregar que, pese a ello, y aunque como “apéndice del estado burgués”, la clase obrera había actuado como un potente “factor de presión”, convirtiendo al sindicalismo en el “más formidable instrumento de unificación moral y político” de la clase, hecho que la izquierda no había sabido comprender. Vale decir que para *PyP*, con el peronismo la clase obrera se había convertido en la “gran protagonista de la historia”, aun cuando careciera de una “dirección política independiente” y estuviera integrada a una fuerza de “ideología burguesa”: desde entonces, ya nada podía hacerse “sin contar con ella”, aunque sólo sea para neutralizarla o “integrarla”(38).

Desde ese punto de vista, la izquierda -con su rechazo visceral a todo lo “populista”- no habría podido ver a “las clases y la alianzas tal como se dan en la realidad”, situándose frente a ellas con esquemas que, además, le impidieron hacerse las preguntas adecuadas, es decir aquellas que le hubiesen permitido entender por qué en el país no se lograba llegar a “una plena conciencia obrera”. En vez ello, se habrían adoptado actitudes “paternalistas” que, nacidas de la creencia en la propia superioridad, la llevaron a concebir a las masas como “aprendices” de la ideología y de la línea sustentadas por el Partido.

Por el contrario, ellos proponen preguntarse sobre los obstáculos que en Argentina y en Latinoamérica, impidieron reiteradamente que los obreros jugaran el papel que la teoría les asigna. Por qué, por ejemplo en Cuba, la clase obrera urbana no era el eje de la revolución?, o por qué, en Argentina, era “tan inmovible el peso de la “burocracia

sindical”? A la vez rechazan, por auto justificatorio y alejado de la realidad, el argumento que culpa al poder y a la represión estatales como responsables de la permanencia de los trabajadores en estructuras e ideologías “burguesas”; apuntan, más bien, para el caso argentino, a factores tales como la “conformidad” de los trabajadores de las grandes industrias del capitalismo “moderno”, esa suerte de “aristocracia obrera” cuyo relativo bienestar estaría descansando sobre la miseria de la “otra Argentina”, la “atrasada” y la del “interior”.

Elaborar una “teoría de la revolución” para la Argentina: embistiendo decididamente contra los fundamentos de la línea de la “revolución democrático burguesa”, *PyP* habla del “capitalismo argentino, desigual y combinado”, alejándose de toda caracterización que pudiera remitir a la idea de “resabios feudales” en la estructura económica argentina.

Para *PyP*, según un artículo de Portantiero, del nº 5-6, la Argentina en el siglo XIX era lo que Lenin llamaba “colonia comercial inglesa”, debido a su dependencia financiera, y en ella, todos los impulsos hacia el desarrollo capitalista se habrían dado sobre la base de abrir la nación al capital comercial extranjero, y es a eso a lo que el PCA llama “tradicción progresista”. Cuando, en realidad, lo correcto sería ubicar ese desarrollo en el marco de la expansión colonial europea para, desde allí, identificar las “tendencias reales” que hubiesen posibilitado un desarrollo capitalista autónomo, y cuáles las que, aún siendo burguesas, impulsaban a la Argentina hacia la “marginalidad”, como mero apéndice del “centro”. Entonces, la cuestión crucial pasaría por saber si lo importante es defender la “autonomía nacional” aunque el país no esté plenamente integrado en el capitalismo o como piensa el PC, que lo importante es inducir el desarrollo “moderno” a través del capital extranjero.

De esa manera, el PC combinaría la “deformación del pasado” con la “incapacidad para entender el presente y transformarlo”, lo cual quedaría probado con el más estrepitoso de sus fracasos que fue la participación en la Unión Democrática. Y así es como suponen la existencia de un “feudalismo agrario” del cual, la “burguesía mercantil” habría sido “superación histórica”, y en consecuencia, todo lo vinculado a esta clase será considerado “progresista”, aún cuando se trate de una burguesía que crece con la expansión del mercado externo, y no del interno. No toman en cuenta que ese crecimiento no favoreció la expansión de un mercado interno integrado, aunque se desarrollaran “capas burguesas locales”. Así se habría fundado un “pensamiento cosmopolita” y no “nacional-popular”.

Para *PyP* era necesario partir de este hecho y de que el imperialismo y el capital monopolístico extranjero habían alcanzado tan alto grado de desarrollo como para convertirse en fuerza actuante “desde el interior” de la economía argentina, a través de un alto grado de interdependencia con la “industria nacional”. Y de allí extraerán consecuencias de singular importancia para definir el “carácter” de la revolución, los “aliados” del proletariado, y las características de la “alianza obrero-campesina”. La primera de ellas se refiere a que, si bien existirían “sectores burgueses medios” -o “burguesía nacional”-, su peso económico y político sería escaso; la segunda conclusión apunta a que, dada esa imbricación entre industria y monopolios, confiscar al imperialismo implicaría, necesariamente, atacar las bases del capitalismo argentino, y por lo tanto la lucha sería simultáneamente de “liberación nacional y social”, y no se podría contar -al menos a priori- con una “inconsistente” burguesía nacional que sólo “potencialmente” podría ser considerada como aliada. Por el contrario, la lucha revolucionaria debería librarse, a la vez, contra el imperialismo, los terratenientes y la burguesía; y la fase “democrático nacional”

debería ser entendida como necesariamente entrelazada con la “socialista”, en un proceso “continuo” o “permanente”, tal como se habría verificado en Cuba. Y, para mejor comprensión de su posición, Aricó remite a un documento publicado en 1963 por Vanguardia Revolucionaria –grupo político entre cuyos dirigentes se contaba J. C. Portantiero-, que puede encuadrarse dentro de la perspectiva que por entonces defendían –y difundían- tanto E. Guevara como J. W. Cooke (40).

Y en cuanto a la “alianza obrero campesina”, base del nuevo “Bloque Social”, no sería posible constituir la sin conocer –y tomar en cuenta- las “originalidades” que en la Argentina adopta la “cuestión agraria”. Entre nosotros, razona Aricó, esa alianza debería darse entre el proletariado urbano y rural de la “zona capitalista” –que aportaría su ideología revolucionaria, su estrategia y su organización-, con las “masas rurales del interior”, sobre todo del noroeste. Esas masas rurales del interior aportarían indudablemente “su rebelión”, ya que para ellas no existía siquiera “la posibilidad” del compromiso que otros sectores populares sí tenían. Por eso, para la conquista de sus derechos, y dado que no pueden ejercer “el arma de la crítica”, sólo les quedaría “la crítica de las armas”. De esta manera, *PyP* adhiere a una línea que, para el “interior”, propugna una política de “estímulo y organización de la rebelión campesina”, combinando la tarea de “sindicalización” con la “acción directa”, dentro de una estrategia apuntada a golpear en el “eslabón más débil” de la cadena de la dominación burguesa, aquél sobre cuyo “inmovilismo y pasividad” habría descansado hasta entonces la estabilidad general.

Pero, esa rebelión que según P y P debía ser conducida como “guerra revolucionaria”, necesitaba de una dirección que por entonces no existía, ni en la clase obrera –porque sus dirigentes “están incorporados al sistema burgués”-, ni en la izquierda,

ya que el PC carece de “vigor revolucionario”. Por esa razón, llaman a discutir “el tema del partido”, sin que resulte claro si siguen pensando en una posible renovación del PCA, o si apuestan a la reunión de los “revolucionarios” –provenientes de diversos orígenes partidarios- en un nuevo partido (41).

Este es el tramo que, dentro de la trayectoria del grupo, estaría marcado por lo que más adelante Aricó identificará con la etapa del “deslumbramiento” con Cuba y de los contactos con el Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP) , experiencia directamente vinculada con el Che Guevara y su estrategia revolucionaria continental (42).

EL MOVIMIENTO COMUNISTA INTERNACIONAL Y EL TERCER MUNDO.

LA LUCHA ARMADA Y EL CASTRISMO

En el mismo nº 4 que se ha venido comentando, se presentan varios artículos referidos al MCI, en los que diversos autores discuten temas que *PyP* considera vitales, y que el PCA eludía abordar de manera pública y abierta. El firmado por M. Figurelli y F. Petrone (43), les permite abordar -respaldados por el debate que se daba en el PCI-, la cuestión de las “etapas” en el proceso revolucionario en los países dependientes. Los autores comienzan planteando que la Revolución China ha sido el primero de los ejemplos de “revolución antiimperialista en un país colonial”, es decir, de cómo resolver la relación entre “comunismo y nacionalismo”. Sostienen, además, que en relación con China, en la Internacional surgieron diferencias respecto de cómo debía entenderse la relación entre las etapas “democrático-burguesa” y “socialista” de la revolución. Y que la “originalidad” del PCch consistió en que ni las “unificó” ni las separó, sino que las consideró como

“consecutivas”; eludió la fase intermedia de “dictadura burguesa”, a partir de identificar ya en la primera fase aquellos elementos que serían “superados” en la segunda. De modo que el Partido fue a la vez, garante de “lo nacional” y de “lo revolucionario clasista”, es decir, dirección de la clase y del frente nacional.

Por su parte, el trabajo de C. Cadart (44) agrega un segundo elemento, más directamente ligado al debate por entonces en curso en el MCI, al describir los aspectos fundamentales de la posición china. Según el autor, el PCch pensaba que la principal tarea de los revolucionarios consistía en “arrancarle” países al imperialismo y no, como pensaban los rusos, en construir las “bases materiales y técnicas del comunismo en la URSS” –ni tampoco las del socialismo en China-. La estrategia del PCch apuntaría a mantener una “presión ofensiva continua” sobre el imperialismo, mientras que la rusa sería de carácter “defensiva-ofensiva”, e incluiría la negociación y los acuerdos; el autor hace notar que, además, ambas posiciones se relacionan con el diferente énfasis que, en cada caso, se pone sobre los “factores subjetivos” u “objetivos”. Y que, por otra parte, con la línea de la revolución “ininterrumpida”, los chinos estarían impulsando a los revolucionarios del “tercer mundo” a “arrancar” la dirección del proceso “antifeudal y antiimperialista” de manos de la burguesía, y a no trabajar para consolidar el poder de una clase que una vez afianzada volvería a pactar con el imperialismo, para frenar el impulso revolucionario. Debido a esta línea, según Cadart, los chinos suelen manifestar mayor simpatía por “el ala izquierda de los nacionalismos” del tercer mundo que por los partidos comunistas pro soviéticos, y que además, que en cierta medida, la “fórmula china” habría sido retomada por los cubanos.

Además de estar presente en numerosas notas, en el nº 5-6, *PyP* dedica a Cuba la sección completa de “Mundo contemporáneo” -centrada en el debate sobre la planificación económica- (45) y, en el número siguiente publica el extenso artículo de R. Debray “El castrismo: la larga marcha de América Latina” (46).

En relación con el trabajo de Debray, la redacción lo considera un interesante punto de partida para iniciar un debate que espera continuar en los próximos números de la revista, aunque aclaran que algunas de sus afirmaciones resultan “discutibles” –sin especificar cuáles- (47). Debray parte de analizar los resultados de “cinco años de experiencias de ‘foco’” en América Latina (48) y se propone explicar la sucesión de fracasos ocurridos, en función de lo que considera una apresurada imitación del “modelo” cubano. Todo el artículo gira en torno de demostrar que el “castrismo” sería la versión “actual” del leninismo, en tanto se lo entienda como conjunto de “principios” de la acción revolucionaria que, aplicados a las condiciones particulares de tiempo y lugar, sirve para responder a la pregunta sobre “qué hacer” para conquistar el poder, y cómo crear –bajo regímenes autocráticos- organizaciones de “revolucionarios profesionales”, capaces de conducir a las masas a la victoria. La respuesta del “castrismo” a estas preguntas estaría sintetizada en la teoría del “foco”, en tanto sería la forma de operar sobre el “eslabón más débil” –el campesinado-, y se convertiría en un “centro insurreccional”.

A través de ocho afirmaciones presenta lo que, a su juicio, serían las características del “castrismo”; en ellas aparecen desplegadas las conocidas tesis de E. Guevara (49), a las que incorpora elementos –y objeciones- provenientes de la experiencia recogida desde que se abrió el “ciclo revolucionario” en América Latina. Sobre qué es y qué no es, en tanto estrategia, Debray dice que el “castrismo”:

- se diferencia del “blanquismo”, en tanto los revolucionarios tienden a tomar el poder “uniendo previamente a las masas” mediante “movimientos concéntricos” que, partiendo del foco rural, se expanden hacia las ciudades.

- organiza una “guerra del pueblo” –o “guerra de guerrillas”-, no en cualquier momento sino en los de crisis política y de activación de las masas, para lo cual, antes, ha debido prepararse la inserción de la guerrilla en la población. El “foco” no necesariamente excluye la lucha de masas “pacífica” –sindical, parlamentaria, etc.- aunque, una vez iniciada la lucha armada, difícilmente puedan subsistir las formas “legales” de lucha y las dirigencias que se han acostumbrado a ella (50).

Respecto del tipo de organización a construir por los revolucionarios, se supone que, según el “castrismo”:

- no es indispensable la presencia de un “partido marxista leninista de vanguardia de la clase obrera” para la toma del poder, si bien se necesita de la dirección de una “organización política”-en el caso de Cuba, el Movimiento “26 de Julio”-. Más aún, esos partidos no serían los adecuados para dirigir una “lucha de liberación nacional” ya que ellos suelen no expresar a la mayor parte de la población, sino a una clase obrera poco numerosa y con rasgos de “aristocratización”. Sin embargo, al momento de comenzar a construir el socialismo, sería necesario “construir” ese partido, seleccionando a los cuadros surgidos del proceso de liberación nacional. Refiriéndose al PCA, Debray le critica su “antiperonismo sectario”, su apoyo a la Revolución Libertadora así como el hecho –más reciente- de haber negado su apoyo a la experiencia del EGP.

- no hay que diferir la construcción de la “organización político militar”, pero hay que comenzar esa tarea tomando en cuenta las “condiciones post cubanas”, es decir,

teniendo presente que ya no habrá “efecto sorpresa” y que el “enemigo” ha mejorado considerablemente su preparación política y militar. Un aspecto que Debray destaca en vistas a organizar un “foco” es que éste requiere, inevitablemente, de “una organización de contacto entre la ciudad y el campo” -tanto por razones políticas como de sostenimiento, reclutamiento y propaganda- y una “organización local”, destinada a dirigir la actividad revolucionaria de la población urbana.

En cuanto a las formas y las funciones de la lucha armada, Debray afirma que:

- en la América subdesarrollada y predominantemente rural, sólo un “foco insurreccional” puede propagar la “ideología revolucionaria”, ya que los campesinos no adquirirán “conciencia” a través de lecturas sino por el contacto con los hombres con los que comparten el trabajo en una “zona liberada” -producto de la expropiación-. De modo que la propaganda es la “propaganda de los hechos” y de la “experiencia”.

- la lucha armada ha de estar subordinada a una “dirección política central”, sin separar al aparato político del militar –a los “dirigentes” de los “ejecutantes”-, sino por el contrario, “fundiendo” ambas direcciones, como lo hicieron en su momento tanto los bolcheviques y los chinos como los cubanos.

- la forma “regular” de la lucha revolucionaria no es la guerrilla urbana sino la rural, ya que la primera es más fácilmente detectable y, además, como carece de “posición de repliegue”, sólo puede “hostigar”. Por otra parte, la guerrilla urbana, como no puede “crearse una base produciendo reformas en una zona”, sólo puede tomar el poder mediante una insurrección generalizada, pero no puede transformarse en “ejército guerrillero” –y menos aún en “ejército popular regular”, que es el único con posibilidad de llegar a enfrentar con éxito al ejército (51).

Finalmente, en relación con el “carácter” de la revolución, según Debray el “castrismo” consiste en:

- no retrasar la construcción de un “frente unido antiimperialista”, en función de polémicas en torno del programa revolucionario de dicho frente -si debe enunciar objetivos “democrático burgueses” o “socialistas”-, sino iniciar decididamente la acción. Habrá quienes, como los cubanos, concebirán a la revolución como “ininterrumpida” o sin “etapas” separables entre sí, pero el problema no radica en el “programa inicial” sino en “resolver el problema del poder del estado “antes” –y no después- de la etapa democrático burguesa”. Cuba se convirtió en socialista porque a la hora de encarar la “reformas democrático nacionales”, el poder “ya estaba en el pueblo” y no en manos de la burguesía. Y allí está la clave, porque en la América Latina dependiente del imperialismo, y con burguesías que nunca hicieron la reforma agraria, es necesario “destruir al estado burgués y al ejército” que ellas crearon en su beneficio y el de las oligarquías, a partir del período de la independencia política. Es este último rasgo el que, a juicio de Debray, marca las diferencias con los países coloniales -ocupados por fuerzas extranjeras-, y de las cuales se derivan estrategias necesariamente diferenciadas.

En debate con los partidos comunistas, este autor considera necesario atraer al “frente” a la burguesía nacional, pero piensa que este paso ha de darse al mismo tiempo en que se está desarrollando la lucha revolucionaria, e inclusive ya se ha instalado un “foco”, de modo que, tal como afirma F. Castro, la “iniciativa” en la lucha esté en manos de los revolucionarios y la política de alianzas sea “selectiva”, en base a una actitud “intransigente” respecto del “objetivo final”. Según Debray, en la revolución cubana que no

se desmembró en “etapas”, no hay divorcio entre socialismo y nacionalismo”; se trata de un “nacionalismo revolucionario” que, en su marcha, “se encontró con el marxismo”, como habrá de ocurrirle a otros movimientos revolucionarios de América Latina. Tal vez en Asia y África, la lucha de clases pueda ser diferida para después de la independencia para así ampliar la base social del “frente”, pero en América del Sur, lucha de clases y lucha nacional deben darse simultáneamente, porque las clases dominantes nativas están “orgánicamente” ligadas con la “metrópolis económica”. Por eso, en dichos países el nacionalismo tiende a ser más “radical” porque descubre, rápidamente, la “naturaleza clasista” de la reivindicación nacional.

El “castrismo”, en tanto “nacionalismo revolucionario” se diferenciaría de la ortodoxia comunista -que apunta a construir un “gobierno nacional y democrático”- en que su nacionalismo está “orgánicamente ligado al socialismo”. Y es por esa característica que el “castrismo” suele tener relaciones más estrechas con los “nacionalismos sudamericanos” -los llamados “bonapartismos”, como el peronismo o el varguismo-, que con los partidos comunistas. Desde su punto de vista, tanto el “bonapartismo” como el “nacionalismo revolucionario”, contienen una alianza entre el proletariado y la burguesía, pero con la diferencia de que en un caso la dirección es ejercida por los trabajadores y, en el otro, por un sector social proclive a “pactar” con el imperialismo.

Desde la óptica de Debray, los “bonapartismos” se encontrarían en decadencia y estarían dejando su lugar al “nacionalismo revolucionario”. En el caso del peronismo, considera que debido a las “traiciones de la burocracia sindical”, en ese movimiento estaría tomando fuerza la idea de apelar a “procedimientos insurreccionales”, sobre todo en la “base obrera” y en su “juventud”. Serían esos sectores los que, tomando a Cuba como referencia, estarían produciendo el pasaje del “peronismo tradicional” al “nacionalismo

revolucionario”, aunque sin desprenderse de cierto “ambiente sentimental que mezcla las imágenes de Lenin, Evita, Perón y Fidel”. Por otra parte, señala que dado que el peronismo “tiene fisonomía de movimiento obrero esencialmente urbano”, sería posible pensar que en Argentina los “centros de guerrilla rural” quedarán relegados a un segundo plano, sin que resulte claro si, alguna de las líneas con las que fuera identificado el “castrismo” carecería de validez o aplicabilidad en el país. Puede pensarse que, tal vez aquí, se encontrara alguno de los temas de discusión que *PyP* prometió a sus lectores. Y pese a que no llegó a concretarlo, al menos en esta primera etapa, esas cuestiones tenían viva presencia en los debates que acompañaron los años formativos de una nueva izquierda que, después de 1966 –y sobre todo a partir del Cordobazo- mostrarían su importancia.